



Rafa Martínez Echevarría

EN BUSCA DEL
ÚLTIMO CROMO

© 2018, Rafael Martínez-Echevarría Castillo
© 2018, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: octubre de 2018
Segunda edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-949384-0-5
Depósito Legal: M. 32.636-2018

Realización gráfica: Safekat, S. L.
Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

*A Lara e Iñigüete para que me
acompañen siempre hasta conseguir
los cromos que nos falten.*

CAPÍTULO 1

Mi nombre es Pablo, y por mis condiciones físicas nunca he sido un gran futbolista. Podríamos decir que estoy un poco rellenito, y en cuanto me pongo a correr me ahogo y respiro como una hiena afónica.

Tengo los pies planos. Bueno, eso es lo que dice el médico; yo creo que al nacer me los pusieron al revés, porque soy incapaz de controlar un balón ni dar un pase que llegue a su destino. A pesar de ello, me apasiona el fútbol.

De mayor me gustaría ser entrenador.

Lo normal es que los niños quieran ser astronautas, bomberos o jugar en el Real Madrid, pero, ¿entrenador? Llámame *friki*. No puedo cambiarlo. Es lo que me gusta. En el recreo me pongo en la

banda del improvisado campo de fútbol y dirijo los partidos como si me fuese la vida en ello. A veces sobreactúo un poco, con gritos, aspavientos y enfados hacia un árbitro que ni siquiera existe.

Mis compañeros al principio se reían de mí. No me parece raro.

¡Lo que yo hago sí que es raro!

Con el tiempo, como han visto que a mí no me importaban sus críticas, empezaron a verlo como normal. Ahora todos me llaman Mister, como a los entrenadores de verdad.

Durante las clases me cuesta mucho concentrarme. No porque tenga ningún problema de atención, sino porque mi cabeza vuela para pensar en nuevas tácticas y jugadas a balón parado que podrían desarrollar mis jugadores. En realidad, por mucho que grite en los recreos no me hacen mucho caso, pero todavía mantengo la esperanza de que un día de estos me permitan poner en práctica mi estrategia.



Me sé de memoria todas las alineaciones y plantillas de los equipos de primera y segunda división, pero soy incapaz de retener las provincias y la historia de España en mi cabeza. Mi profesor dice que soy un vago; mi madre, que tengo un problema de concentración, pero que me esfuerzo mucho; mi padre prefiere no opinar, y yo... Yo creo que tengo una memoria selectiva. ¿Para qué voy a ocupar espacio en mi cabeza con datos sin validez para mi futuro como entrenador?

CAPÍTULO 2

A nadie le gusta «la vuelta al cole».

Para mí, sin embargo, es uno de los momentos más emocionantes del año. Lógicamente, y sabiendo mis resultados académicos, no se debe a mi interés por las asignaturas, sino a que es la época en la que empieza la “Temporada de cromos”.

A lo largo del curso los juegos de los niños van cambiando.

Por una regla no escrita hay unos meses para las canicas, otros para las peonzas, las chapas y hasta para los yoyós. El resto de temporadas no tienen especial interés para mí. ¿Para qué jugar con canicas cuando uno puede entretenerse con

esferas más grandes? ¡Menuda pérdida de tiempo!

Pero con el inicio del curso viene el comienzo de la Liga y, por tanto, la colección de cromos.

No hay mejor sensación en el mundo que la de tener un sobre entre las manos preparado para ser abierto. Cada sobre lo acompaño de un ritual. Lo cojo con ambas manos, lo olfateo lentamente y, por último, antes de abrirlo, le doy un beso.

Es como ese olor a coche nuevo. Recuerdo cuando papá compró el nuestro y lo trajo a casa. Disfrutaba entrando y saliendo de él para percibir ese olor tan especial. Ahora ya no es lo mismo. Desde que mi hermana Gabriela vomitó tres veces en nuestro viaje a la sierra el coche huele a perro muerto.

En cuanto están fuera de su envoltorio y sobre mis manos, mi memoria fotográfica empieza a funcionar. Me quedo con todo grabado en mi cabeza. Si me dices el nombre de algún futbolista, te digo su puntuación de ataque y defensa, y cómo es la foto y el color del cromo. La gente

hace apuestas en el cole para preguntarme algo que no me sepa. Por ahora han perdido siempre.

En los días de cromos me interesan menos los partidos del recreo. La arena del campo de fútbol se convierte en el parque de la Bolsa.

Por si no lo sabes, la Bolsa es donde se compran y se venden las acciones de las empresas. Cuando más gustan las compañías, los precios de sus acciones suben, pero si están haciendo las cosas mal, empiezan a perder valor.

Pues eso mismo pasa con los cromos. El hombre que se encarga de imprimirlos debe de ser del Sevilla, porque en casi todos los sobres te toca su escudo. Y claro, lo tengo repetido por lo menos mil veces. A nadie le interesa. Ve tú al recreo y a ver si alguien ofrece algo por él.

Sin embargo, si tienes el último fichaje Balón de Oro, la gente se pega por cambiártelo y empieza a subir el precio.

—¡Te doy tres cromos!

—¡Yo te doy siete!

—¡Yo cinco y el bocata de chorizo!

Menudos follones se montan. La oferta y la demanda.

¿Ves? Gracias a los cromos he aprendido economía.

CAPÍTULO 3

Este año Piluca es la que está más cerca de terminar el álbum. En realidad se llama Pilar, pero como su madre se llama igual, le pusieron ese nombre como apelativo cariñoso.

Su sueño es ser periodista deportiva. Suele recogerse el pelo en una coleta y va cambiando la goma según el color que mejor combine con la ropa de ese día. Siempre va superpija.

No me cae muy bien.

Seguro que cuando seamos mayores discutiremos en alguna rueda de prensa o entrevista a pie de campo.

Nunca suelo cambiar cromos con ella por miedo a que me hipnotice como hace con el resto. Es capaz de colocar un escudo del Sevilla (y ya sa-

béis que no valen mucho) a cambio de tres *super-cracks*.

¿Que cómo lo hace? Muy sencillo: abanica tres veces sus pestañas, sonrío... y los tiene en el bote. Cuando sé que tiene algún cromo que me puede interesar, envío a mi amiga Marta a negociar con ella. También tiene las pestañas muy largas, pero como usa gafas se chocan con los cristales y no causa el mismo efecto.

Marta sí que mola.

Ella no tiene ni idea de fútbol, pero siempre está sonriendo a todo el mundo.

En clase de inglés es la mejor. Habla tan bien como los propios ingleses. He pensado que igual podría hacerme de traductora cuanto tenga algún partido de Champions League. Siempre se lo digo, pero ella, como de costumbre, sonrío.

El año pasado Adolfo fue el primero en completar la colección. Le llamamos Adolfo porque es un mimado y así es como le llama su madre cuando viene a recogerlo al colegio. Cada día le traía cinco sobres. Así cualquiera consigue termi-

nar una colección. Tenía tantos repetidos que podía hacer con ellos una montaña más alta que la mesa del profesor.

Su mamá le compró un maletín para transportarlos. Venía cada día esposado a él para que fuera imposible perderlo, olvidarlo o ser sustraído por algún amigo de lo ajeno.

Durante el recreo se sentaba en un columpio esperando a que apareciera el cromo que le faltaba, y hasta tenía «dos amigos» que dedicaban el tiempo de descanso a limpiar con un paño cada uno de los cromos del maletín. Adolfo, por supuesto, vigilaba que ninguno de ellos faltase al finalizar la limpieza.

El día que llegó a sus oídos que se había visto la última y deseada estampilla esperó en la puerta del cole al afortunado para hacerle una oferta que no podría rechazar.

Todos los repes del maletín por aquel trozo de cartón.

Pelotazo.

Es como el que hace una aplicación para el móvil con unos amigos y viene Google y te la compra por trocientos millones de euros.

Yo sueño con poder vivir ese momento algún día.

Regalar sin miedo todos los repes que me rompen los bolsillos del pantalón, cada vez más abultados de cromos y más vacíos de esperanza.

Después de la gloria de la temporada pasada, este año Adolfito se lo ha tomado sabático. Es algo así como que todos los días son sábado y pasas de trabajar. Como su madre ya no le puede traer sobres, le espera con cinco donuts y un bocadillo tan largo que podría usarse de pértiga en las olimpiadas.

A este ritmo de calorías, Adolfito va a pasar muy pronto a ser Adolfazo.

CAPÍTULO 4

Mi amigo Carlos es mi ojeador. A él no le importan mucho los cromos, pero sí le importan sus amigos, y por eso le encanta ayudarme. El fútbol tampoco es su fuerte. Su padre es médico, y lo que más le gusta es ver vídeos de sus operaciones. Una vez me invitó a su casa para merendar y después quería que viésemos un par de cirugías de rodilla.

Aguanté tres minutos viéndolas. Exactamente lo mismo que aguantó el bocadillo de chorizo que acababa de comer dentro de mi estómago. ¡Menuda vomitona!

Como ojeador no es muy bueno, pero cuando sea mayor lo tendré en mi cuerpo técnico como médico.